

ACTAS DEL SIMPOSIO INTERNACIONAL "EL LEGADO DE RAFAEL LAPESA (VALENCIA, 1908-MADRID, 2001)"

Coordinadores:

Javier Satorre Grau (Universitat de València)

María José Martínez Alcalde (Universitat de València)

Fotografía y digitalización: Maque Falgás, Moisés Montañés Bori (Biblioteca Valenciana)

Diseño: Martín Impresores s. l.

Editan:



Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas

Directora General del Libro, Archivos y Bibliotecas: Silvia Caballer Almela

Monasterio de San Miguel de los Reyes, Avda. Constitución, 284, 46019 Valencia

<http://bv.gva.es>



Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales

C/ Fernando el Santo, 15 - 1ª planta

28010 Madrid

<http://www.secc.es>

La edición de estas actas ha contado con una ayuda del Ministerio de Ciencia e Innovación.

© De la presente edición: Biblioteca Valenciana. Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas y Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales

© De los textos: sus autores

© De las piezas: sus propietarios

© De la fotografía de portada: Maque Falgás

Impresión: Martín Impresores s. l.

ISBN: 978-84-482-5103-1 (BV)

978-84-96411-67-8 (SECC)

Depósito Legal: V-5036-2008

Reservados todos los derechos.
No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir alguna parte de su publicación, cualquiera que sea el medio empleado (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.), sin el permiso de los titulares de la propiedad intelectual.

Rafael Lapesa, filólogo

Rafael Cano Aguilar

Universidad de Sevilla

Coincidió, en los pasados días de preparación de esta intervención, con mi compañero de Mesa y amigo de tantos años José Luis Girón en que el título de esta Mesa puede parecer redundante: para los que lo conocimos, pero no llegamos a conocer a sus antecesores, Lapesa fue, y lo sigue siendo en nuestra "visión del mundo", la encarnación viva de la Filología, de la Filología española. Y él vivió entregado a ese quehacer plenamente, de modo que en su obra no hay otra cosa que Filología española.

Claro que el descubrimiento de que Lapesa era la Filología y la Filología (española) era Lapesa lo hicimos algunos de forma lenta, y un tanto zigzagueante. Como ha recordado el profesor Girón, los últimos años de la década de los 60 y primeros de los 70 no eran los más propicios para que el tradicional saber filológico atesorado por la Escuela española atrajera a los jóvenes interesados por la Lingüística. En el caso de Lapesa se unía, además, una apariencia externa que, pese a lo pulcro e inmaculado de su figura, evocaba otros tiempos: ese sombrero que en los momentos de delicada cortesía (otra antigualla) entraba en absoluto conflicto con la cartera, la puerta que quería abrir, y en los días de lluvia, ¡ay!, con el paraguas: una combinación imposible para él de manejar de forma sincronizada. Eran, aquellos, tiempos de descrédito de la Filología tradicional, de la Lingüística histórica, de la "diacronía", término que pronunciábamos con aprensión y nos evocaba polvorientas papeletas y oscuros archivos. Además, aparte de la "Historia de la Lengua" Lapesa sabíamos que enseñaba una materia exótica, la "Toponimia y Onomástica", que nos parecía situada en el extremo opuesto a la ciencia refulgente que aspirábamos a construir, desterrando, claro, todo lo anterior, que, claro, no era ciencia.

El contacto con el maestro, entonces simplemente profesor de una de las asignaturas fundamentales de nuestra carrera, nos hizo, al menos a algunos, empezar a cambiar esa imagen apriorística y, naturalmente, equivocada. Recuerdo que en la primera clase que tuve con él Lapesa nos habló con absoluta soltura de los problemas de la delimitación de las unidades morfosintácticas, recurriendo para ello a la Escuela de Praga y, entre otros, a ese "praguense" de nombre tan impronunciable para nosotros como era Trnka. De golpe aprendimos que la Filología española no estaba reñida, nunca lo estuvo, con la apertura a todas las corrientes de teoría y análisis lingüísticos, procedieran de donde procedieran. Pude comprobarlo de nuevo, cuando al final de ese curso, ya acreditado ante Lapesa como estudiante trabajador, le pedí que fuera director de mi Tesis doctoral: elegí, como muchos de Vds. saben, un tema totalmente alejado de sus habituales ámbitos de estudio, pese a lo cual no solo no puso inconveniente alguno sino que además me sugirió la lectura de la obra de Blinkenberg sobre la transitividad en francés, estudio que me abrió los caminos que aproveché como mejor supe en mi

propia investigación. Fue otra lección práctica, como siempre en él sin alharaca alguna, de apertura hacia otros dominios, en los que pese a no ser los "suyos" se manejaba con soltura.

No es, en efecto, la primera vez que se dice esto de la Escuela filológica española. Pero en Lapesa esa cualidad se mostraba en grado especialmente elevado, si bien no se traducía en manifiestos expositivos sino en la labor continuada del análisis. La recepción de las corrientes teóricas que se iban sucediendo en la Lingüística y la apertura a ellas fueron una constante desde Menéndez Pidal, y Lapesa la cumplió por entero. Sin embargo, no se crea con ello que era una aceptación acrítica, indiscriminada. Los discípulos de Lapesa de los 70, colaboradores suyos después, ya no encontramos al historiador relativamente próximo a los postulados idealistas que habían introducido en España y en el mundo hispánico sus "hermanos mayores", los Alonso. Por el contrario, aún recuerdo la suave ironía con que nos contaba, al hablar de la decadencia de las construcciones partitivas indefinidas en español, las imaginaciones de Vossler al vincular dicho fenómeno con la supuesta falta de sentido comercial y económico de los españoles, más preocupados en aquellas épocas por otros valores inmateriales y, es de creer, más elevados. Pero tampoco Lapesa tuvo nunca que renegar de lo que hubiera dicho diez, o quince, años atrás, porque los tintes idealistas que se presentan, por ejemplo, al hablar del nacimiento del artículo románico están tan matizadamente introducidos dentro del arsenal de datos y explicaciones lingüísticos que aún hoy su exposición es perfectamente asumible, incluso por lingüistas lejanos a su metodología de trabajo. Claro que los matices son significativos: si en 1968 incluía el artículo con infinitivo como uno de los rasgos de la posible "forma interior" del español, en 1984 lo hace de forma indirecta, adhiriéndose a lo que hubiera dicho Amado Alonso ("su hermano mayor, mayor en todo", dice, con emotiva fidelidad), para inmediatamente añadir las construcciones paralelas de otras lenguas románicas, mostrando así que la supuesta "forma interior" no tiene por qué ser diferencial de una lengua.

Realmente, la forma en que se manifestaba con plenitud el modo de ser filólogo en Lapesa era, como se esperaba en el entorno intelectual en que se había formado, la atención a los hechos, la preocupación por los datos. Los usaba, claro, con la función habitual de reforzar o matizar hipótesis y explicaciones. En los años de elaboración de mi Tesis, sus observaciones no se dirigieron tanto a las elucubraciones más o menos teóricas contenidas en ella (casi siempre en roce, a veces cordial, a veces no, con los generativismos en boga en la época), sino a los ejemplos suministrados, tanto a los que constituían el corpus de mi estudio como a los procedentes de la bibliografía aducida, y a las interpretaciones que de ellos podrían deducirse. Sus observaciones, certeras y agudas siempre, ayudaban en cualquier caso, bien fuera reforzando, matizando o corrigiendo lo que veía. Con los datos buscaba constantemente huir de las simplificaciones tan en boga en muchos teóricos del momento; pero también frenaba entusiasmos desorbitados del joven autor: cuando este aducía un *serse* encontrado en Unamuno (en *Niebla*) como posible indicio de una transitivización de *ser* (*sic*) Lapesa respondía con el romancero ("Yo me era mora Moraima..."). Su inmenso saber de los textos antiguos y modernos le permitía hallar siempre el contrapunto empírico, sensato y juicioso, a las aventuras especulativas. Esa actuación la tuvo siempre: todos recordamos los exámenes que devolvía a sus estudiantes llenos de anotaciones (no siempre fríamente académicas: a una observación

de un examen mío de 1972 sobre las grafías “falsamente cultistas” de un texto medieval se permitió el suave reproche contenido en “¡Pobres escribas medievales! ¿Qué iban a hacer los infelices sino representar la /ñ/ como podían...?”); pero todavía en 1987 el folio en que me agradecía el envío de mi trabajo sobre *como* (comunicación en el I Congreso de la AHLE) venía colmado de observaciones diversas que ampliaban las perspectivas, y en algún caso sugerían nuevas interpretaciones verdaderamente atractivas, y también arriesgadas. En suma, el acervo empírico con que llenaba sus estudios o que suministraba con generosidad a discípulos y colegas era la materialización de su conciencia de la complejidad de los hechos lingüísticos, de que los grandes movimientos y los grandes procesos acumulan meandros y caminos a veces imprevistos, de que la evolución no es unilineal y los límites tajantes y abruptos no existen en el mundo lingüístico. Una muestra clara de realismo metodológico y sensatez individual.

Pero no se crea que Lapesa era un filólogo “puntillista”, perdido en los detalles de los datos. En dos modos se producía su ir más allá de tales datos. Por un lado, con ellos se esforzaba en construir un gran edificio, expositivo y explicativo; muestra excelente de ello son sus trabajos sobre Sintaxis histórica, de los que jamás podrá decirse lo que se dijo, por ejemplo, de *Aspectos de teoría de la sintaxis*, que se hizo una teoría sobre un solo ejemplo: no, Lapesa buscaba, en sus artículos y libros, pero también en sus clases, que lo que decía estuviera suficientemente fundamentado, y mostrara la extensión y difusión, en lo amplio o en lo reducido, de los correspondientes hechos, de tal modo que su propuesta explicativa no cojeara por falta de base. Y por otro Lapesa nunca olvidaba que los ejemplos, sus datos, formaban parte de unos textos, propios de una época, de una corriente, de un tipo (hoy diríamos también que de una tradición discursiva), y que en ellos encontraban su sentido; eso es lo que se ve cuando Lapesa estudiaba textos, autores, géneros, y es lo que sus alumnos percibíamos en clase cuando sistemáticamente nos hacía “comentarios de textos”, planeados didácticamente (pequeños fragmentos de distintas épocas), pero con los cuales se permitía ascender al entorno histórico de cada uno de ellos.

La obra de Lapesa discurrió por casi todos los senderos de la Filología. Solo el trabajo de campo, quizá por su innata timidez, no fue cultivado por él (al menos en lo que conozco). Era un filólogo, sí, de los que creían que lengua, literatura e historia no podían separarse en la explicación última. Pero tenía muy claro qué correspondía a cada ámbito. Cada vez más a lo largo del tiempo los estudios de Lapesa sobre cuestiones lingüísticas eran los de un lingüista “puro”: compárese, por ejemplo, su trabajo inicial sobre el artículo de 1962 con los publicados en la década de 1980 sobre los usos de artículo con infinitivo, donde las exhaustivas relaciones de ejemplos, las caracterizaciones de las distintas situaciones y contextos posibles y las líneas evolutivas del fenómeno se hacen desde el análisis del mecanismo propiamente lingüístico. Sin embargo, aun entonces su visión global, abarcadora, reaparece: ya había ocurrido cuando junto al estudio, sincrónico y diacrónico, del sustantivo sin actualizador, también puramente lingüístico, aparece el análisis de dicho fenómeno en un texto literario tan peculiar como las *Soledades* gongorinas; y en esos mismos trabajos tan austeros del actualizador con infinitivo desliza de vez en cuando observaciones sobre cómo tal uso enfatiza en Manrique la asunción de la muerte por su padre (“Y consiento en *mi morir...*”), o en él pueden intervenir factores literarios varios (rima, estructura silábica y acentual,

énfasis expresivo a través del paralelismo...). Otra muestra excelsa de tal proceder es su famosísimo estudio sobre los dos tipos de causales, quizá el único puramente sincrónico-descriptivo de su bibliografía, en el que maneja clasificaciones, paráfrasis, transformaciones, etc. de los dos grupos de causales detectados (con límites, como señala, no siempre nítidos), como lo habría hecho cualquier gramático *à la page* de aquel momento (si bien, reconoce con suave ironía que no se atreve a hacer incursiones en la "fascinadora espeleología" de las "estructuras profundas").

Naturalmente, la metodología concreta de Lapesa ante cada trabajo depende de lo que en él se trate, no hay nada semejante a la aplicación de una plantilla preestablecida (sí hay la permanente presencia de unos planteamientos de base, muy amplios, continuamente puestos a prueba). Quizá el artículo con infinitivo se prestara menos, pero la apócope le sirvió, a lo largo de los años, para entrecruzar el hecho propiamente lingüístico, la apócope y sus altibajos, con la base histórica, los avatares de la presencia de "francos" en la Castilla medieval, y con la presencia textual (la utilización por los autores alfonsíes en función de sus destinatarios), para concluir en la visión compleja de la situación lingüística en el siglo XIII castellano ("castellano *koiné*" frente a "castellano *derecho*"). Y otro tanto podría decirse del estudio de un hecho tan transparente en su vinculación con la historia y la sociedad como lo son los pronombres de tratamiento (sector privilegiado para un tipo de filología como la suya). Es, de nuevo, otra muestra del realismo y la sensatez de Lapesa.

También su enfrentamiento con la Literatura podía adoptar formas distintas según los autores y las épocas. En determinados momentos parece primar la visión del lingüista, en especial al tocar los inicios de la literatura castellana, tal como ocurre al tratar de la lengua épica o del *Auto de los Reyes Magos*. En otros domina la indagación del entorno histórico, de los antecedentes, del viaje en el tiempo de los *tópoi*, así en muchos estudios sobre literatura medieval y clásica. Pero en general lo que gobierna su trabajo sobre el texto literario es precisamente eso, el acercamiento al texto, el desentrañamiento de su sentido, la reconstrucción de la intención textual y de los objetivos del autor al construir su obra. Al aproximarse a los autores de tiempos modernos, ese acercamiento se despoja habitualmente de las cuestiones de entorno y fuentes para ir directamente al texto e ir descubriendo, al hilo de su lectura, sus significaciones y su sentido último. Ejemplo perfecto de este modo de descubrir el texto sería la lectura e interpretación que de Juan Ramón hizo en su discurso de investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Sevilla en mayo de 1991. Pero el lingüista siempre puede aparecer, bien cuando evoca los recursos de tal índole presentes en la poesía de Moratín (cultismos, epítetos...), o cuando discute el sentido del "nombre exacto de las cosas" que Juan Ramón exigía a la Inteligencia; y no olvidemos su extraordinaria aportación a la historia del léxico español en la forma de los "cultismos semánticos" de la poesía de Garcilaso o fray Luis de León. La unidad del filólogo no se confunde, pues, con la mezcla indiscriminada en los análisis: al igual que el lingüista sabe que "sirve el lenguaje a exigencias vitales más amplias que el afán estético", también el conocedor de los textos literarios sabe que estos intentan transmitir un sentido y un "propósito de forma duradera, ajenos a la actividad ordinaria del lenguaje". Su clarividencia se traduce, pues, en una perfecta adecuación metodológica del estudio al objeto de este.

Minuciosidad, apego al análisis directo de los hechos, apertura teórica, criba juiciosa de teorías y datos, información bibliográfica actualizada, amplísima cultura literaria e histórica... Son los rasgos que habitualmente se han usado para definir el trabajo como filólogo de Lapesa. Hay otro del que también se ha dicho algo, y con el que me gustaría concluir esta semblanza, a medias académica, a medias personal. Era su extremo liberalismo en las relaciones, no solo humanas y profesionales, sino sobre todo científicas con quienes fuimos sus discípulos. Ese liberalismo emanaba de su profundo respeto por el otro. Lapesa podía ser un perfecto director de equipo: lo mostró en el Seminario de Lexicografía de la Academia, o en el heredado Seminario "Menéndez Pidal". Pero a diferencia de su maestro no determinó ni decidió las áreas de trabajo e investigación de sus discípulos (al menos en el período histórico que recuerdo directamente). Sus armas fueron la sugerencia y la ayuda constante, las observaciones y comentarios a los borradores y proyectos que fielmente le presentábamos. Pero sobre todo lo fue su propia actuación investigadora y los frutos de ese trabajo que generosamente nos repartía. Ello constituyó una sólida trabazón entre las formas de trabajar de esos discípulos, trabazón que hoy sigue siendo visible en muchos de ellos, pese a la diversidad de temáticas que hayan elegido en su desempeño científico. Nunca oí de sus labios una descalificación directa de una teoría, un análisis o un campo de estudio. Eran sus matizaciones y su obra lo que determinaba la dirección y la metodología adecuadas, las que se nos revelaban al final como las más fructíferas. No constituimos un "equipo de investigación" en el sentido prototípico de la expresión, ni estábamos integrados en un "proyecto" bien delimitado. Pero la homogeneidad del conjunto, hecha a base de actuaciones individuales y autónomas, se revelaba al final gracias a su suave modo de influir en nuestros comportamientos. Tampoco nos dijo nunca cómo teníamos que dar clases (ni a mí, particularmente, en qué modalidad lingüística tenía que hacerlo). Bastaba con su ejemplo, admirable y admirado, y por ello seguido en la medida de las posibilidades de cada uno de nosotros. No le hacía falta exigirnos verbalmente, éramos nosotros quienes nos exigíamos para intentar estar a la altura de su ejemplo. Por todo ello, si en los años 70 lo que Lapesa representaba algunos, y no solo ignaros estudiantes atrevidos, lo consideraban en camino de quedar periclitado, con el paso del tiempo ha ido ganando el aprecio general, hasta ser visto hoy como una de las grandes manifestaciones de la Filología española, y, sobre todo, como un camino con un claro y prometedor futuro.